

GEORGES SIMENON

EL ARRIERO DE
«LA PROVIDENCE»

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE NÚRIA PETIT

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Le Charretier de «La Providence»*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

LE CHARRETIER DE «LA PROVIDENCE» © 1931 by Georges
Simenon Limited, todos los derechos reservados
«El arriero de “La Providence”» © 2015 by Georges Simenon
Limited, todos los derechos reservados
GEORGES SIMENON ® & Simenon.tm, todos los derechos reservados
MAIGRET ® Georges Simenon Limited, todos los derechos reservados
© de la traducción, 2015 by Núria Petit Fontserè
© de la fotografía de la cubierta, by Fondo F. Català-Roca - Arxiu
Fotogràfic de l'Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fotografía de F. Català-Roca (1971)

ISBN: 978-84-16011-49-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 6583-2015

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

LA ESCLUSA 14

De los hechos minuciosamente reconstruidos, lo único que se deducía era que el descubrimiento de los dos arrieros de Dizy resultaba, por así decirlo, imposible.

El domingo—era 4 de abril—empezó a llover a cántaros a las tres de la tarde.

En aquel momento había en el puerto, aguas arriba de la esclusa 14, que conecta el Marne y el canal lateral, dos gabarras de motor que bajaban, un barco descargando y otro vaciando.

Un poco antes de las siete, cuando empezaba a anoche- cer, se anunció y entró en la cámara un barco cisterna, el *Eco III*.

El operario de la esclusa manifestó su mal humor porque tenía en casa a unos parientes que habían venido de visita. Le dijo que no por señas a una chalana que minutos después llegaba al paso lento de sus dos caballos.

Regresó a casa y al poco rato vio entrar al arriero, al que conocía.

—¿Puedo pasar? Al patrón le gustaría dormir mañana en Juvigny...

—Pasa si quieres. Pero te ocuparás de las compuertas tú mismo...

Cada vez llovía con más fuerza. Desde la ventana, el operario de la esclusa vio la silueta achaparrada del arriero, que iba pesadamente de una compuerta a la otra, hacía avanzar a sus bestias y amarraba los cables a los norays.

La gabarra se elevó poco a poco por encima de las pa-

EL ARRIERO DE «LA PROVIDENCE»

redes. No era el patrón el que llevaba el timón, sino su mujer, una bruselense gorda con el cabello de un rubio chillón y una voz muy aguda.

A las siete y veinte, *La Providence* estaba parada frente al Café de la Marine, detrás del *Eco III*. Los caballos volvieron a bordo. El arriero y el patrón se dirigieron a la cantina, donde había otros marineros y dos pilotos de Dizy.

A las ocho, cuando ya había caído la noche, un remolcador arrastró hasta la entrada de las compuertas los cuatro barcos.

Eso aumentó el público del Café de la Marine. Ya eran seis las mesas ocupadas. Los hombres se interpelaban de una mesa a otra. Los que entraban dejaban regueros de agua tras de sí y sacudían sus botas pegajosas.

Las mujeres acudían a comprar provisiones a la estancia contigua, iluminada por una lámpara de petróleo.

El aire era pesado. Se habló de un accidente que se había producido en la esclusa 8 y del retraso que podían sufrir los barcos que subían.

A las nueve, la bruselense de *La Providence* vino a buscar a su marido y al arriero, que se marcharon después de saludar al personal.

A las diez, las lámparas estaban apagadas a bordo de la mayor parte de los barcos. El operario de la esclusa acompañó a sus parientes hasta la carretera de Épernay, que atraviesa el canal a dos kilómetros de la esclusa.

No vio nada anormal. De regreso, al pasar por delante del Café de la Marine echó una ojeada, y un piloto lo llamó.

—¡Ven a tomar un trago! Estás empapado...

Se tomó una copa de ron, de pie. Dos arrieros, cargados de vino tinto y con los ojos brillantes, se levantaron y se dirigieron hacia la cuadra contigua a la cantina, donde dormían sobre la paja junto a sus caballos.

LA ESCLUSA 14

No estaban totalmente borrachos, pero habían bebido lo suficiente como para dormir con un sueño pesado.

En la cuadra, que sólo estaba iluminada por un farol de petróleo a media luz, había cinco caballos.

A las cuatro, uno de los arrieros despertó a su compañero y los dos empezaron a ocuparse de sus bestias. Oyeron que alguien sacaba los caballos de *La Providence* y los enganchaba.

A esa misma hora se levantaba el dueño del Café de la Marine y encendía la lámpara de su cuarto, en el primer piso. También él oyó cómo *La Providence* se ponía en marcha.

A las cuatro y media, el motor diésel del barco cisterna empezó a toser, pero no partió hasta un cuarto de hora más tarde, después de que el patrón se trasegara un grog en el café que acababa de abrir.

Apenas había salido y su barco aún no había llegado al puente cuando los dos arrieros hicieron su descubrimiento.

Uno de los dos tiraba de sus caballos hacia el camino de sirga. El otro andaba rebuscando en la paja para encontrar el látigo cuando su mano tropezó con un cuerpo frío.

Impresionado porque había creído reconocer un rostro humano, cogió el farol y alumbró el cadáver que iba a conmocionar Dizy y a trastornar la vida del canal.

El comisario Maigret, de la Primera Brigada Móvil, estaba recapitulando estos hechos y situándolos en su contexto.

Era lunes por la tarde. Aquella misma mañana, la Fiscalía de Épernay se había personado en el lugar de los hechos y, tras la visita de la Policía científica y de los médicos forenses, el cuerpo había sido trasladado a la morgue.

EL ARRIERO DE «LA PROVIDENCE»

Continuaba lloviendo, una lluvia fina, persistente y fría que no había dejado de caer en toda la noche ni en todo el día.

Unas siluetas iban y venían sobre las compuertas de la esclusa donde un barco se elevaba imperceptiblemente.

El comisario, que estaba allí desde hacía una hora, sólo había pensado en familiarizarse con un mundo que descubría de repente y acerca del cual al llegar no tenía más que unas cuantas nociones falsas o confusas.

El operario de la esclusa le dijo:

—En la testa no había casi nada: dos motonaves que bajaban, una motonave que subía y que pasó la esclusa por la tarde, un vaciado y dos panamás. Luego llegó la charrúa con sus cuatro barcos...

Y Maigret se enteró entonces de que una *charrúa* es un remolcador, y un *panamá* un barco que no tiene ni motor ni caballos a bordo y que alquila un arriero con sus bestias para un determinado recorrido, y a eso se le llama «navegación de día largo».

Al llegar a Dizy, no había visto más que un canal estrecho a tres kilómetros de Épernay y un pueblo insignificante cerca de un puente de piedra.

Había tenido que andar chapoteando en el barro por el camino de sirga hasta llegar a la esclusa, que distaba dos kilómetros de Dizy.

Y allí había encontrado la casa del operario de la esclusa, de piedra gris, con su rótulo: OFICINA DE DECLARACIÓN.

Había entrado en el Café de la Marine, que era la otra construcción del lugar.

A la izquierda, una cantina pobre, con las mesas cubiertas de hule marrón y las paredes pintadas mitad de marrón y mitad de amarillo sucio.

Pero reinaba un olor característico que bastaba para di-

ferenciarlo de una cantina rural. Un olor a caballeriza, arneses, alquitrán, especias, petróleo y gasoil.

La puerta de la derecha estaba provista de una campanita y había anuncios transparentes pegados a los cristales.

Aquello estaba abarrotado de mercancías: impermeables de hule, zuecos, prendas de lona, sacos de patatas, barriles de aceite alimenticio y cajas de azúcar, de guisantes y de alubias, mezclados con verduras y piezas de loza.

No había ni un cliente. En la cuadra sólo quedaba el caballo que el propietario enganchaba para ir al mercado, un animal grande de color gris, tan familiar como un perro, que no estaba atado y que de vez en cuando se paseaba por el patio entre las gallinas.

Todo estaba empapado de agua del cielo. Era la nota dominante. Y la gente que pasaba era negra y reluciente, y caminaba inclinada hacia delante.

A cien metros, un trenecito Decauville iba y venía por un astillero, y su conductor, en la parte de atrás de la locomotora en miniatura, había fijado un paraguas bajo el cual se guarecía, indolente, con los hombros encogidos.

Una gabarra se separaba de orilla y se impulsaba con la pértiga hasta la esclusa, de la cual otra salía.

¿Cómo había llegado hasta allí aquella mujer? ¿Por qué? Ésta era la pregunta que había intrigado a la policía de Épernay, la Fiscalía, los médicos y los técnicos de la Policía científica y a la que Maigret daba vueltas y más vueltas en su cabeza embotada.

Lo primero de lo que estaban seguros era de que había sido estrangulada. La muerte se remontaba al domingo por la noche, probablemente hacia las diez y media.

Y el cadáver había sido descubierto en la cuadra poco después de las cuatro de la madrugada.

Cerca de la esclusa no pasa ninguna carretera. No hay